



“SÉ DE QUIÉN ME HE FIADO”

Artículo en la Revista del Seminario Diocesano, Pascua 2013

Este es el lema elegido en este Año de la Fe para el Día del Seminario donde resuenan las palabras, fruto de la experiencia misionera del apóstol Pablo como “heraldo” del Evangelio, y de su apasionado amor a Cristo: *«yo sé bien en quién tengo puesta mi fe»* (2 Tim 1, 12).

Un Año de la Fe que ha sido marcado con un gran acontecimiento de amplia repercusión eclesial y que constituye un gozo especial para nuestro Seminario de Asidonia-Jerez: la proclamación de San Juan de Ávila, sacerdote diocesano, como Doctor de la Iglesia universal. En efecto, el “Maestro Ávila” –como ha sido conocido desde siempre- ostenta la titularidad de esta santa casa y tiene encomendado, como Patrón y protector, la guía de la comunidad que se acoge a su amor de padre por todos los sacerdotes, su sabiduría y prudencia como director espiritual y su ardor apostólico en el celo por el anuncio del Evangelio.

En uno de sus escritos **sobre la fe** y la esperanza en Dios nos dice:

«Asentemos nuestro corazón con esta fiducia de Dios, la cual tengamos aunque no sintamos el dulzor de las consolaciones de Dios. Porque así como la fe verdadera es la que cree sin milagros y razones, y el amor verdadero el que ama, aunque es azotado, y la verdadera paz que sufre más sin consolación, así la verdadera confianza es cuando estamos firmes y no sentimos los regalos de Dios.

Confiemos un día de Dios sin que nos dé prendas y osemos esperar que nos irá bien con él, pues Él lo manda y así lo esperamos. ¿nos Sentimos flacos? Esperemos en Dios, y seremos fuertes; porque los que en Dios confían mudarán fortaleza, y tomarán alas como palomas, volarán, y no faltarán” (Carta 54).

Confiar y esperar en Dios es la clave para una buena preparación al sacerdocio, de ahí la necesidad de purificar cada día nuestra fe para fortalecernos y poder “tomar alas” en nuestra formación como futuros sacerdotes. Y para ello nada mejor que seguir las indicaciones de la Carta Porta Fidei en las que Benedicto XVI nos sitúa ante los incuestionables **testigos de la fe**: María, los Apóstoles, los mártires y hombres y mujeres de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. Ap 7, 9; 13, 8), que han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la familia, la profesión, la vida pública y en el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban, mostrándonos y seduciéndonos a través de ellos a vivir la maravilla de la fe.

Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. Lc 1, 38). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con Él hasta el Calvario (cf. Jn 19, 25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. Lc 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con Ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14; 2, 1-4).

Por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro (cf. Mt 10, 28). Vivieron en comunión de vida con Jesús, que los instruía con sus enseñanzas, dejándoles una nueva regla de vida por la que serían reconocidos como sus discípulos después de su muerte (cf. Jn 13, 34-35).) (PF. 13)

Mirando la fe de María descubrimos que está cimentada en la humildad de reconocer la grandeza del Señor y la pequeñez de su esclava. En saber que sólo Dios es Señor de cielo y tierra. Es la pequeñez de reconocer la grandeza de la misión confiada cantando “Proclama mi alma la grandeza del Señor porque ha mirado la humildad de su esclava” (Lc 1, 48).

Observamos que Ella pone toda su confianza en Dios. Sabe que el Señor abrirá un camino de salvación y esa confianza le lleva a decir sí a Dios. A salir de su cotidianidad. A estar disponible. A que sea el Señor el que marque el camino a seguir.

De algún modo, a la luz de María y los discípulos, podríamos decir que la fe supone no sólo una cierta complicidad entre Dios y el creyente, sino también una abnegada entrega mutua: yo me fío de quien sé que me ama. El creyente y Dios se aman mutuamente, uno tiende al Amor divino y éste es don que se entrega. Fiarse de Dios es fiarse de quién sé que me es fiel. Así se explica que el creyente “camina en fe y no en visión” (2 Co 5, 7). La fe se vive “in crescendo”, como la misma vida. La fe no es estática, es dinámica. No se tiene fe de una vez para siempre. Es vida, se vive de la fe.

Pues bien, ante lo expuesto podemos sacar algunas sugerencias para nuestra vida en el Seminario:

1.- En primer lugar la fe nos llama a vivir con ilusión la llamada del Señor. María y los Apóstoles nos llaman a seguir a Jesús teniendo siempre presente la disponibilidad y la frescura de los primeros amores. Es esto lo que recordaba Pablo VI en la *Evangelium Nuntiandi*:

“De tales obstáculos, que perduran en nuestro tiempo, nos limitaremos a citar la falta de fervor, tanto más grave cuanto que viene de dentro. Dicha falta de fervor se manifiesta en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés, y sobre todo en la falta de alegría y de esperanza. Por ello, a todos aquellos que por cualquier título o en cualquier grado tienen la obligación de evangelizar, Nos los exhortamos a alimentar siempre el fervor del espíritu” (EN, 80).

2.- Este Año de la Fe nos invita, pues, como a los discípulos a dejarnos instruir por el Maestro para así profundizar y crecer en el abandono y en la confianza en Dios.

Hay acciones y actividades, hechas con mucha ilusión, que han dado pocos frutos; sin embargo, cuando hacemos las cosas que Dios nos pide, los frutos vienen solos. Por tanto, en este Año de la fe debemos renovar nuestra obediencia a Dios. Y para ello nada mejor que mirar al espejo de la obediencia de Cristo, descubriendo que es conformidad de su voluntad con la voluntad del Padre; es llevar el caminar de la vida humana al de la divina, a la conformación de nuestro hacer con la voluntad de Dios. En definitiva es desinstalarlos, es estar abierto y atento a Dios, para que sea Él el alfarero que modele la “vasija” de nuestra vida y podamos así ser buenos instrumentos de su amor.

3.- Nuestro futuro sacerdotal pone ante nosotros la necesidad de ir creciendo en intimidad con el Señor. Cristo es el Sumo y eterno Sacerdote. Él es el verdadero puente, la verdadera mediación con Dios.

Se trata de vivir ligado a la Palabra, que es luz y fuerza. Palabra personal y directa. Palabra salvadora. Nuestra vida espiritual necesita ser alimentada día a día con el pan de la Palabra y con el pan de la Palabra “hecha carne” que se actualiza en el sacramento de la Eucaristía.

Por tanto, vendría bien ante el Señor reflexionar cada día sobre nuestro amor y nuestra acogida a la Palabra. Tenemos que evitar ser meros espectadores de la Palabras, como nos recuerda en su Carta el apóstol Santiago (cf 1, 23-25) sabiendo que somos nosotros los primeros en ser interpelados por ella. Al mismo tiempo como futuros sacerdotes debemos ir creciendo en el amor a la Eucaristía, preguntándonos constantemente ¿cómo es nuestra relación con el Señor en su Presencia eucarística? ¿Cómo celebramos? ¿Soy yo el primero que necesita ese pan del cielo o soy un simple espectador pasivo?

4.- La razón de ser de nuestra llamada es la misión de anunciar el Reino de Dios y hacer presente la salvación de Dios en el mundo.

El momento cultural que estamos viviendo nos muestra que es la hora de la verdad de los cristianos, llamados, como Pablo a ser contemporáneos de Cristo en un mundo plural para vivir el Evangelio y anunciarlo en la cultura postmoderna.

La *Nueva Evangelización* nos debe dar fuerzas en nuestro camino hacia el sacerdocio siendo sensibles ante la muchedumbre inmensa de hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos que viven como si Dios no existiese, que no conocen a Jesucristo, que buscan a veces sin saberlo una verdad definitiva que dé sentido a su existencia y razón a su esperanza.

«*Caritas Christi urget nos*» (2 Co 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, Él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19) (C.APOST. 7)

El amor de Cristo que nos ha salvado no nos puede dejar indiferentes ante la apostasía silenciosa de muchos, ante el alto déficit de testimonio creíble que, para las nuevas generaciones llega a ser déficit del primer anuncio. En no pocas familias Dios es el gran desconocido. En una situación de ausencia de testigos y de creciente descristianización, el amor de Cristo urge a un decidido compromiso a favor de la “*nueva evangelización*”. Es decir, redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. La fe solo crece y se fortalece creyendo. La fe crece en la medida que entregamos nuestra vida para el servicio a los demás.

Nuestra vida en el Seminario debe tener siempre presente que la esperanza para ese hombre sediento está en que aparezcan auténticos testigos del amor de Dios, capaces de llevar aguas de vida eterna al hombre encerrado en el materialismo. Son necesarios sacerdotes y cristianos que sean capaces de afrontar con fuerza una pastoral evangelizadora. Sacerdotes y cristianos que estén dispuestos a no dejar disolver la fe en la cultura dominante, pues ello sólo traería un catolicismo descafeinado. Sacerdotes y cristianos que asuman con valentía la construcción de la cultura de la vida y la civilización del amor.

Conclusión

En definitiva, vivir el lema de este año *Sé de quién me he fiado*, consiste en el deseo de seguir y estar con Cristo, para pensar amar y vivir como Él, intentando cada día participar de su vida y misión. Para el hombre de fe Cristo es el centro de la vida. Es Aquel al que confesaron el Apóstol Tomás: “*Señor mío y Dios mío*”; Marta, la hermana de Lázaro: “*Yo creo que tu eres el Cristo, el Hijo de Dios*”; como dijo Pedro: “*Tu eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo*”. Al creer en Cristo, ya no se sabe ni se puede vivir fuera de Él, como le ocurrió a San Pablo: “*para mí la vida es Cristo*”.

En este año somos convocados a sanar la debilidad de nuestra relación con el Señor, tantas veces olvidado y lejano, a sanar la anemia de la vida interior, en ocasiones tan descuidada y apagada. Hemos de acoger con renovada convicción las palabras de Jesús sobre la alegoría de la vid y los sarmientos: “*Sin mí no podéis hacer nada*” (Jn 15,5).

Durante el *Año de la fe* se nos invita a que pongamos nuestra mirada en Jesucristo “*que inició y completa nuestra fe*” (Heb 12,2). A recorrer el camino acompañados de la vida de fe de María, de los Apóstoles, y de muchos hombres y mujeres a lo largo de la historia.

Este camino discurre por sus propios cauces, por el género de vida que impulsa y hace posible atravesar el umbral que lleva a la comunión con Dios. El Maestro Ávila nos lo recordaba diciendo: que los sacerdotes, «*en la misa nos ponemos en el altar en persona de Cristo a hacer el oficio del mismo Redentor*» (Carta 157), sabiendo que actuar “in persona Christi” supone encarnar, con humildad, el amor paterno y materno de Dios.

Todo ello requiere, por tanto, conducirse por un género de vida que haga posible “*oír cada día la Palabra*”, reflexionar y rememorar, apreciando el silencio, la oración y el diálogo, como vías del camino interior, participando de la Eucaristía y sirviendo a los demás. Este camino comprende la alegría de redescubrir la fe y el entusiasmo de compartirla y profesarla con los demás. No se llega a la “Puerta” si el camino no se recorre con perseverancia. La fe es un fruto de cada día, de quien no deja de caminar llegando siempre a Dios.

Terminemos con unas palabras del Papa Francisco, que en su Audiencia del pasado 24 de Abril, ante un auditorio en gran parte juvenil, decía:

“... Lo que se nos pide es estar preparados para el encuentro: preparados a un encuentro, a un hermoso encuentro, el encuentro con Jesús. Esto significa ser capaz de ver los signos de su presencia, mantener viva nuestra fe con la oración, con los Sacramentos, estar atentos para no caer dormidos, para no olvidarnos de Dios. La vida de los cristianos dormidos es una vida triste, ¿eh?, no es una vida feliz. El cristiano debe ser feliz, con la alegría de Jesús... ¡No se duerman! ...

Apuesten por grandes ideales, los ideales que agrandan el corazón, aquellos ideales de servicio que harán fructíferos sus talentos. La vida no se nos ha dado para que la conservemos celosamente para nosotros mismos, sino que se nos ha dado, para que la donemos. ...

¡Queridos jóvenes, tengan un corazón grande! ¡No tengan miedo de soñar cosas grandes! ...

La fe es ante todo un don que hemos recibido, pero para dar fruto, la gracia de Dios siempre requiere de nuestra apertura a Él, de nuestra respuesta libre y concreta. Cristo viene para traernos la misericordia de Dios que salva. Se nos pide que confiemos en Él, de responder al don de su amor con una vida buena, hecha de acciones animadas por la fe y el amor...”

A la luz de las palabras del Santo Padre, nada mejor que, como María, abrir las puertas del corazón a la gracia de Dios para no perder el entusiasmo, el celo apostólico y el deseo de servir. Al mismo tiempo no olvidar pedirle cada día a María, Nuestra Señora del Rosario, que nos ayude a perseverar en la llamada del Señor y a seguirle fielmente.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez